

LA HUELLA DE "JACK THE RIPPER" (Parte I).
Memoria histórica y social del serial killer por excelencia

AUTOR: Amparo Guerra Gómez*

*Un Espectro flota en el viciado aire de los suburbios tomando forma
Para los afortunados ojos de quienes puedan verlo
Háganle frente - Inútil es huir!
Las Manos Ensangrentadas; Despiadado, Furtivo, Agazapado
El Peor Crimen - la Némesis de la Desidia*

Los escalofriantes versos al pie de la ilustración de sir John Tenniel ("THE NEMESIS OF NEGLET" reproducida arriba) hubieran sido motivo de extrañeza, cuando no de mofa, por parte de los lectores del londinense "Punch Or The London Charivari", de no ser por el mes y el día en que aparecieron: el 29 de septiembre del año 1888. La muerte acechaba en las callejas a la búsqueda de víctimas indefensas. Terrorífica, implacable y ante la que sólo cabía una solución: plantarle cara. Porque había un crimen aún peor: no hacer nada. No un chiste sobre aparecidos, sino una realidad espantosa que no provocaba precisamente la risa en los ciudadanos. Máxime si estos vivían en Whitechapel. Dos asesinatos en menos de un mes ¿O eran cuatro? Al día siguiente serían dos más ¿ Que o quién era aquel monstruo ávido de sangre? Dos únicas certezas: que mataba mujeres y su firma, "Jack The Ripper" (Jack El Destripador). El primer asesino en serie al que se enfrentaba no sólo Inglaterra, sino la era contemporánea. El más violento. El más escurridizo Y, aún hoy, el más famoso.

A la altura de un Desiré Landrú, John Christie o Peter Sutcliffe, por citar solo a los europeos, con él se inicia una página tan sangrienta como inmortal de la historia, mezcla de hechos y de fabricaciones que dan lugar al mito tal y como hoy le conocemos. No el criminal ordinario protagonista por causa de pasiones incontrolables y con un móvil conciso, sino el romántico personaje de leyenda, desconocido en rostro aunque no en fama de disciplinado ejecutor sexual, cuya trascendencia es amplificada por el interés político -los sucesos acaecen en el año de la discusión en el Parlamento británico de la "Home Rule" irlandesa. También por el más particular y crematístico de los medios de comunicación: la prensa sensacionalista -aunque la otra tampoco escapara al remolino informativo. Bomba para la opinión pública, y cobertura plena del tema que alcanzó a rotativos de uno y otro lado del Atlántico, contribuyendo así a crear el puzzle intelectual en el que estudiosos de toda índole se encuentran aún inmersos.



"Jack es un mito porque es un asesino no descubierto" ha dicho de él José Antonio García Andrade¹ porque, aunque realidad incomprensible, "El Destripador" nunca fue atrapado. Ni siquiera identificado. Quizás sea esa la causa de la enorme fascinación que sigue despertando en

profesionales y público en general, hasta convertirlo en leyenda para el miedo -incluso para la admiración-, muy por encima de ogros como "El Sacamantecas" o el "Hombre del Saco", compañeros de pesadillas infantiles del mundo mediterráneo. Figura a la medida de novela de misterio y de literatura de masas, el cine es probablemente el medio que más ha contribuido a fijarlo en la mente de generaciones, y el que periódicamente revive su historia para deleite de seguidores y escepticismo de los detractores del género.

El presente trabajo se detiene en la evolución de la memoria popular y mediática del padre de los asesinos en serie modernos. Lo hace señalando el interés que el tema sigue suscitando en los escritos -bestsellers e investigaciones de tema histórico han convertido a Jack en objeto de culto. Pero sobre todo en los visuales, ya que "ripperología" es en gran medida la de su historia fílmica. Representaciones de diverso carácter con las que realizadores y directores de todas las épocas han contribuido a la construcción y perpetuación de un mito universal que concita tanta pasión como controversia, porque forma parte del imaginario colectivo.

LOS CRÍMENES DE WHITECHAPEL. La historia y otras recreaciones

Dear Boss,

I keep on hearing the police have caught me but they wont fix me just yet. I Have laughed when they look so clever and talk about being on the right Track. That joke about Leather Apron gave me real fits. I am down on whores And I shant quit ripping them till I do get buckled. Grand work the last job Was. I gave the lady no time to squeal. How can they cacth me now. I love My work and want to start again. You will son hear of me with my funny Little games. I saved some of the proper red stuff in a ginger beer bottle over The last work to write with but it went thick like glue and I cant use it. Red ink Is fit enough I hope ha. ha. The next job I do I shall clip the ladys ears off and Send to the police officers just for jolly wouldn't you. Keep this letter back till I do a bit more work, then give it out straight. My knife's so nice and sharp I Want to get to work right away if ai get a chance. Good Luck.

Yours truly
Jack the Ripper

Don't mind me giving the trade name

PS Wasn't good enough to post this before I got all the red ink off my hands
Curse it No luck yet. They say I am a doctor now. ha ha.

Querido jefe,

Sigo oyendo que la policía me ha cogido pero no me echarán aún el guante. Me río cuando parecen tan inteligentes hablando de estar en la pista correcta. Esa broma del delantal de cuero me provoca verdaderas carcajadas. Caigo sobre las putas y no pararé de rajarlas hasta que quede exhausto. El último fue un buen trabajo. No le di tiempo a la dama ni de gritar. Como van a atraparme ahora. Adoro mi trabajo y quiero comenzar de nuevo. Pronto sabrá de mí y de mis divertidos jueguecitos. Guardaba algo del rojo líquido de mi último trabajo en una botella de ginebra de cerveza para escribirle pero se puso duro como la cola y no pude utilizarlo. Espero que le sirva la tinta roja ja.ja. La próxima vez le cortaré a la señora las orejas y se las enviaré a los oficiales de policía sólo para divertirme no le gustaría. Guarde esta carta hasta que realice otro trabajito, entonces distribúyala. Mi cuchillo es tan bonito y afilado que quiero seguir trabajando si tengo oportunidad. Buena suerte

Sinceramente suyo

Jack el Destripador

No se molesten en adjudicarme un apodo

PD No parecía apropiado enviar esto antes de quitarme toda la tinta roja de las manos. Maldita sea. No ha habido suerte. Ahora dicen que soy médico. ja .ja.

Cuando, el 27 de septiembre de 1888, se recibió esta inquietante carta en la "London Central News Agency" (la traducción es nuestra), el supuesto firmante tenía al menos dos asesinatos a su cargo. Con ella la policía parecía saber algo más, aunque no lo suficiente: su nombre. Al menos aquél con el que quería que se le conociese para la posteridad: Jack El Destripador. Un sarcástico criminal que se reía con sus fechorías, a las que calificaba de "jueguecitos", y que hubiera preferido escribir sus líneas con un líquido rojo más espeso de no ser por la facultad de aquel de solidificarse. No importaba, lo mejor estaba por llegar. Su marca de identidad quedaba establecida: era "el hombre del cuchillo" y el terror de las mujeres de la noche londinense. También el intrigante redactor de crípticos mensajes que fascinarían a la población y traerían de cabeza a los expertos sobre lo que ocurriría después. La policía solo tenía que esperar y ver, pues poco más podría hacer.

El número exacto de víctimas de "The Ripper" sigue aún sin determinar, si bien son cinco las aceptadas por la "ripperología", que no por algunos de los policías que llevaron a en su momento la investigación. Mary Ann (Polly) Nichols fue la primera, asesinada el 31 de agosto de 1888. Precedida eso sí por Emma Smith, el 6 de agosto del mismo año, y Martha Tabram, el día 7. Entre septiembre y noviembre se perpetraron el resto de los ataques con resultado de muerte. Todos en fin de semana, y en el mismo sector del East End londinense: Whitechapel.

Annie Chapman lo fue un sábado 8 de septiembre. Elizabeth Stride, "Long Liz", un domingo 30. En la misma madrugada se halló muerta a Catherine Eddowes a poca distancia de la anterior, en Mitre Square, y con 44 minutos de diferencia. Tras ¿un mes de descanso? el agresor culmina su macabra labor el 9 de noviembre de 1888, ejecutando su primer crimen en interiores -Tabram también lo fue- en la persona de Mary Jeannette Kelly, encontrada por su casero a primeras horas de la mañana de aquel domingo en su cuarto del 13 de Miller's Court en medio de un escenario indescriptible de sangre y mutilaciones.

Todas tenían en común el ser prostitutas esporádicas - muchas veces la única forma para una mujer victoriana de clase baja de llevar comida a la mesa- con hábitos alcohólicos, marcada desnutrición y enfermedades crónicas. Algo igualmente común en aquel vecindario. Y estar en la madurez -pasados los 40. Excepción hecha del caso de Kelly -25 años y una belleza destacable. Pero había algo más: las características del crimen, sin precedentes de sistematización, a pesar de la frecuencia de los ataques con arma blanca a mujeres de la calle por parte de ex amantes, clientes o individuos agresivos.

Ya a finales del siglo XVIII, el Londres popular supo de la presencia de un desequilibrado que perseguía a las mujeres cuchillo en mano por las calles. El año 1845 quedó grabado por el crimen de St. Giles, llevado a cabo por un joven obrero de origen irlandés, Joseph Dennis Connor, cliente habitual de prostitutas que, obsesionado con haber contraído por esta causa una grave enfermedad venérea que luego no pudo demostrar, apuñaló a una de ellas en una pensión cercana a Covent Garden. Una práctica insertada en la realidad familiar y doméstica del proletariado británico de la que Fleet Street sacó buena cuenta. Estudios recientes señalan una cifra superior al 60% de los homicidios de este tipo entre 1865 y 1875, incluyendo ataques y envenenamientos con medicamentos o drogas, muchos de ellos sin esclarecerse -el caso Balham en 1876 fue uno. De la variedad sangrienta es el acaecido en Whitechapel en 1874, que tuvo como protagonistas a un respetable padre de familia y a su amante, agresor y víctima respectivamente, a los que celos y dificultades económicas condujeron a tan fatal desenlace. La truculenta forma del implicado para

intentar deshacerse del cadáver -troceado y metido en un saco de portes- fue la pista para testigos que facilitó su captura².

Violencia pues casi cotidiana que operaba en el entorno y a la que frecuentemente se enfrentaban los detectives- el ataque en grupo el 2 de abril a Emma Smith, prostituta de la zona que vivió lo suficiente para identificar a sus agresores, estaba reciente. Pero nunca con la frecuencia ni con la saña de los meses siguientes, que además parecía responder a un plan premeditado de fechas y de "selección profesional" de las víctimas. Y por el sistema, con una técnica pronto calificada de "quirúrgica" ¿Se trataría de un médico? supuestamente practicada una vez que aquellas habían expirado previa estrangulación. No cabía duda que sabía lo que hacía y como.

De los cuerpos hallados en Whitechapel y alrededores entre finales de verano y principios de otoño de 1888, la casi totalidad habían sido degollados y destripados -Stride fue la excepción, probablemente por falta de tiempo o por interrupción no deseada- y colocadas sus vísceras en torno al cuerpo de una manera sinuosa. Y superándose cada vez. Con la última, la labor fue de verdadera carnicería- casi despedazada e irreconocible por los cortes y lesiones faciales. Además el asesino tenía como costumbre llevarse consigo algún "trofeo", bien objeto personal o parte de las vísceras - preferentemente el útero- de su víctima, aspecto del que alardeaba, enviando avisos post o preactuación a la policía o los medios de comunicación.

Máxime cuando estos comenzaron a aparecer en las portadas de diarios y revistas de gran tirada -hay quien los señala como obra de los mismos medios-, incluyendo las consideradas de calidad. Prensa amarillista que marcha junto a cabeceras serias a la hora de reproducir los aspectos escabrosos sacados de los informes y filtraciones policiales, a los que añaden sus propios juicios. Hasta el punto que, años después, cualquier ataque a una mujer con arma blanca revivía en la prensa el espectro de the Ripper - *the work of the same man*. Sobre esta cobertura de los asesinatos en rotativos victorianos Perry L. Curtis ha realizado análisis cuantitativo-estadísticos y de contenidos, con el siguiente orden de cabeceras por noticias y número de palabras: Daily Chronicle, Daily Telegraph, Evening News y Morning Post en primeros puestos. Pall Mall Gazette. The Times y Star Globe en lugar destacable. Globe y Morning Post en último lugar³.

Sin contar con los de fuera del Reino Unido. 76 periódicos de todo el mundo, con un total de 481 artículos, repartidos por tres continentes. Desde el polaco Kurier Codzienny, al sudafricano The Kimberley Advertiser, y al Nuevo Mundo, donde se registra una verdadera avalancha de artículos que siguieron los sucesos de Whitechapel, dentro de una investigación que se extendió a estos territorios. The Boston Daily Globe, The Washington Post, The Philadelphia Times, The Augusta Chronicle, The San Francisco Chronicle, en los Estados Unidos. Sin olvidar a los grandes rotativos canadienses: The Toronto Daily News, The Ottawa Journal, The Montreal Gazette, The Globe o The British Daily Whig.⁴

Rotativos cuyos titulares altamente llamativos que hacían crecer la alarma ciudadana -!"A Reign of Terror in Whitechapel"! gritaba en septiembre la portada de "East London Observer" - a la vez que aumentaban las ganancias de la *penny press*. De este modo, con los medios de masas actuando de altavoz y artífice sociológico de unos hechos sin resolución, los ingredientes quedaban listos para la transformación de Jack en un producto para el consumo de masas que el nuevo siglo potenciará. Es en los años 50 cuando aparece el mayor número de investigaciones, lo que marca el nacimiento de la "Ripperología" o "Destripología", corriente de estudio que integra a profesionales y aficionados, y que ha generado desde entonces un próspero negocio.

Producto arquetípico convertido en leyenda urbana para avispados desde la famosa versión de Marie Belloc Lowndes "The Lodger" (1911), más de un centenar entre libros, panfletos y artículos, - con sus equivalentes en films o miniseries de televisión- han resucitado cíclicamente para el gran público los sucesos de aquel terrible otoño. Cada uno responde a una versión concreta sobre la identidad oculta del asesino, su perfil o sus móviles: venganzas personales, rituales judeo-masónicos o de sectas orientales, asuntos de Estado, que han ido creciendo al calor de la polémica. También de la investigación.

En 1965 aparecen obras como la de Tom Cullen (*Autum of Terror*) y Robin Odell (*Jack The Ripper: In Fact and Fiction*), que asientan la "vertiente médica": Jack era un cirujano experto. En los 70, a cargo de ex policías como Donald Rumbelow (*The Complete Jack The Ripper*) o de periodistas, ahora sobre testimonios de supuestos descendientes del asesino -Richard A. Bernard (*A Casebook on Jack The Ripper*) y Stephen Knight (*Jack The Ripper: The Final Solution, The Brotherhood*). Hasta llegar a las elaboradas versiones de los 80 y 90, muy diversas en perfiles. Dentro de las últimas, y perteneciente a las denominadas "teorías blandas" por los críticos mas puristas, está el Diario de Jack el Destripador, un manuscrito de puño y letra hallado en el subsuelo de un domicilio de Liverpool por un particular y debido a James Maybrick, un tratante de algodón de esa ciudad que murió un año después de los sucesos. Compilado con comentarios de Shirley Harrison, las anotaciones, realizadas en un álbum victoriano de datación difusa, recogen la supuesta doble vida de este comerciante que realizaba frecuentes viajes a Londres -y que se alojó en Whitechapel durante aquellos fines de semana. Casado con una belleza norteamericana, los crímenes fueron la venganza indirecta por el adulterio de su joven esposa. Hechos que recoge y anticipa con minuciosidad y un extraordinario conocimiento de detalles de la investigación forense que no fueron hechos públicos por Scotland Yard hasta 70 años después. Publicado en 1993 entre gran controversia editorial sobre su autenticidad -algunos expertos lo sitúan en la línea de los famosos *Diarios de Hitler*-, la polémica continua⁵.

No debemos terminar este breve repaso sin referirnos al último de libro Patricia Cornwell "Portrait of a Killer. Jack The Ripper Case Closed" (2002)⁶. Perteneciente a la corriente "solución final", la conocida criminalista americana y autora de bestsellers de misterio no lo duda. Jack fue el pintor Walter Richard Sickert (1860-1942). Retratista del submundo londinense, sus tenebrosos cuadros, algunos de ellos inspirados en el asesinato de una prostituta, son idénticos a lo descrito en Whitechapel, donde vivía en esa época. Años enteros y seis millones de dólares -incluyendo adquisiciones pictóricas originales para su posterior decapado- gastados en una investigación que su autora dice concluyente, y en la que ha rastreado perfil, lugares e incluso cartas personales- con un tipo de escritura muy similar a la de El Destripador⁷.

TRAS LA PISTA DEL ASESINO. Aspectos socioculturales y criminológicos

Un aspecto determinante para comprender lo acontecido es la etapa histórica en que transcurren los hechos, tanto como el entorno humano en el que se desarrollan. Última mitad del siglo XIX, y en la Metrópoli del mundo industrializado. Con sus enormes avances económicos, pero también con sus contradicciones culturales y sociales. Época del victorianismo tardío, que se caracteriza por un enorme crecimiento demográfico que deriva en verdadera superpoblación de su capital -el denominado *Greater London*, que pasa de los 1,8 a los 4,5 millones de habitantes estimados en 1888-, con sus diferencias de ámbito a nivel poblacional y económico. Y la percepción existente entre uno y otro.

Los escenarios del crimen. Vida, violencia y muerte en el East End

Cuestión de extremos geográficos, pero sobre todo sociales. Porque la historia del Destripador es también la de la oposición del rico West End versus el mísero East End, verdadera "terra incógnita" para las clases prósperas, señala el estudio de L. Perry Curtis⁸, con sus agravios y contradicciones. Plagada de pobres y criminales y lugar de apostolado para misioneros, voluntarios y sanadores de costumbres a lo Dickens, era un ghetto sospechoso de las mas grandes maldades y tendencias insanas. Un territorio heterogéneo de razas y nacionalidades -judíos, junto a ingleses, franceses, alemanes e irlandeses a la supervivencia- conviviendo entre iglesias, tiendas y fondas infrahumanas, con calles para la delincuencia constantemente transitadas por las obreras del sexo rápido.

Salud junto a enfermedad. Vicio al lado de virtud. Todo ayuda a representar ese claroscuro de civilización y barbarismo tan propio de la literatura de la época, y de sus personajes, tendentes al desdoblamiento de identidad y de vecindario. Así, y en contraposición a Picadilly, Westminster o Mayfair, lugares de residencia para el respetable Dr. Jeckyll - pero nunca transitados por el siniestro Mr. Hyde, mas proclive a las callejuelas desiertas y oscuras de un Soho inmortalizado por Henry James, Stevenson o sir Arthur Conan Doyle- el barrio de Whitechapel se presenta a las clases superiores como un mundo aparte -Disraeli se refirió a él en términos de nación por su complejidad y amalgama cultural. Extremo "africanizado" de la civilización, y morada de salvajes, incluso de bestias con apariencia humana - algunas de las versiones sostienen que Jack era en realidad un gorila escapado, lo que explicaba la magnitud de los ataques y las lesiones infringidas -esta jungla residual operaba para las clases altas como zona de combate de razas inferiores y sectas orientalistas que se ocultaban en sus entrañas⁹. El escenario ideal para mutilaciones propias de otro continente, como se presentaron en su momento las debidas al Destripador.



Algo que no sorprendía a las gentes temerosas de Dios, ni a sus órganos de expresión -"CAN ANY GOOD THING COME OUT OF WHITECHAPEL? (¿Puede salir algo bueno de WHITECHAPEL?) titulaba Pall Mall Gazette en el cenit de los asesinatos. Polución y miseria que refleja la prensa industrial de la época desde 1878, y que se materializó en la obra de los investigadores sociales. Trabajos como "In Darkest London: Captain Lobo, Salvation Army" de Margaret Harkness¹⁰ pintan un cuadro de calles y viviendas pestilentes, con tiendas oscuras regentadas por gentiles y semitas, a las que acuden a diario homeless, alcohólicos y prostitutas ínfimas¹¹. Pobreza e idiotismo endémico, que no es sino producto de la concentración local en las clases obreras de la política urbanística incontrolada, con sus efectos en adultos y niños: hacinamiento, desnutrición, enfermedades crónicas, analfabetismo y violencia. Plagas propias de la era industrial, deficientemente resueltas por la filantropía o el "nuevo liberalismo" de las famosas *Leyes de Pobre*, intentando sanear viviendas y mejorar el alumbrado de unas vías intransitables de día pero mortales al caer la noche.

Un intrincado plano entre casas obreras, almacenes y cocheras exhibido en "Descriptive Map Of London Poverty", que los "westenders" solo conocen por las ilustraciones o las series de artículos. Desolado ambiente de oscura humedad en el que el maníaco halla protección e impunidad para sus aberrantes actividades, si tenemos en cuenta que en la educación victoriana si algo precisamente difiere es la teoría de la práctica: doble moral que proscribe y al mismo tiempo utiliza una profesión demonizada a la que se responsabiliza de todas las enfermedades. Ciudad de degradación, abismo de pecado, ese mismo Londres intocable sirve al emplazamiento de ¿lujosos burdeles? de cualquier opción frecuentados por parlamentarios, aristócratas e incluso príncipes herederos¹². Muchos de ellos usuarios clandestinos de meretrices callejeras como las que hallaron su final a manos de The Ripper.

El siglo XIX y la ciencia médica en el nacimiento del asesino en serie

Como vienen a coincidir los expertos, el otoño de 1888 es sin duda la fecha de partida para la criminología moderna, precisamente por la inexistencia de métodos periciales que los casos de aquel año pusieron de manifiesto. En una época de ausencia de conocimientos forenses, la única evidencia de un asesinato era la confesión o el apresamiento in situ. Algo difícil en el caso de un homicida sistemático que estudia el terreno. Máxime cuando no se dispone de mínimos medios de búsqueda. Si además tenemos en cuenta la escasez de efectivos policiales, y su lentitud de

actuación -pocos agentes patrullando y sin medios de locomoción adecuados-, ninguno de estos dos supuestos podía entrar en el caso de El Destripador.

La investigación, cerrada oficialmente en 1892, supuso un reto a para una policía mas acostumbrada a contener disturbios que a investigar muertes violentas. Para colmo se dio un solapamiento de jurisdicciones entre los dos cuerpos encargados de la vigilancia de la ciudad. Uno era la Policía Metropolitana, más conocida como Scotland Yard, responsable de los delitos cometidos en ella, con excepción de la City, que tenía su propia brigada. Esto condujo al desvío de las pesquisas en el caso de Eddowes, asesinada dentro de los límites de ese cuarto de milla, y a una falta de cooperación que pronto se hizo evidente. A todo ello hay que sumar la torpe dirección y la ausencia de iniciativas por parte de los altos responsables del gobierno, versados en desórdenes ciudadanos pero poco o nada en este tipo de homicidios y en utilizar la imprescindible colaboración ciudadana. Ya que el comisionado sir Charles Warren y Henry Mathews, Home Secretary, rehusaron la propuesta de ofrecer recompensas a quienes proporcionaran noticias, pero sin impulsar suficientemente la labor de los detectives, lo que exasperó hasta el motín a una opinión pública que denunciaba la incompetencia de sus fuerzas de seguridad, en particular la Metropolitana. Hasta el punto que, el 9 de noviembre de 1888, tras el asesinato en Miller's Court, Warren presentaba su dimisión.

Aunque todo no puede achacarse a la falta de pericia. También al exiguo número de agentes, en su mayoría novatos, que se movían en una ciudad populosa y extraordinariamente conflictiva, aclara Daryl R. Cozart¹³, donde el hallazgo de cadáveres era frecuente hacia 1888. Atracos, heridas por arma blanca -Martha Tabram recibió 39 puñaladas de bayoneta-, cuerpos en el río, y frecuentes gritos de "¡Murder!" en medio de la noche eran parte de un cuadro con el que propios y visitantes de la ciudad del Támesis debían convivir. Dependientes como estaban de los viejos métodos de investigación para la prevención de delitos, no es de extrañar que la aparición de El Destripador trastocara las percepciones hasta los extremos en los que lo hizo. Primer caso de criminal serial en la historia, lo que representaba un problema totalmente desconocido para la sociedad victoriana: matar por pura gratificación fetichista, con grandes mutilaciones sexuales, pero sin mediar abuso o violación¹⁴.

En referencia a las actuaciones en la escena del crimen, no solo se ignoraban las técnicas actuales - sin análisis de sangre, cabellos, fibras o ADN. Ni siquiera de huellas. Tampoco existía criterio para una inspección ocular completa. Además del tiempo transcurrido hasta el momento de hallazgo del cadáver, no era común la práctica de acordonar el espacio. Entre la confusión, el trasiego de policía, de personal médico o de juzgados, así como el tráfico o los curiosos, acababa de lleno con toda esperanza de localizar pistas reveladoras. Ya con Polly Nichols, las condiciones de escasa visibilidad existentes en el momento del hallazgo - vías públicas sin electricidad-, postergaron a la luz del día el hallazgo de restos de sangre o posibles marcas de carruaje, transcurridas unas cuantas horas y con la calzada ya limpia.

Respecto a documentar la escena, ni croquis con la posición del cuerpo, objetos, o ángulos. Solo en el caso de Mary Kelly se tomaron fotografías, pero sin mayor avance en otros aspectos de localización -esta vez, con un escenario más seguro y cerrado al público, la labor se confió al olfateo de dos entrenados sabuesos que nunca aparecieron. En cambio, la presencia de una hacheta en su cuarto de Miller's Court se ignoró totalmente. Otro tanto ocurrió con el famoso graffiti que el asesino dejó en una pared de Goulston Street, a escasa distancia del cadáver de Eddowes, con la leyenda "The Juwes are the men who will not be blamed for this for nothing", que fue mandado borrar sin examinar por sir Charles Warren, temeroso de las consecuencias que aquello pudiera acarrear para el vecindario no anglo¹⁵. Otros hallazgos fueron sin embargo amplificadas, hasta el punto de crear una histeria colectiva en torno a tal John Pizar, también conocido como "Leather Apron", a causa del delantal de cuero que se encontró cerca de la escena de los crímenes. Un útil común a muchas profesiones que, además del autor de los mismos, podía haber abandonado cualquier artesano del barrio (carnicero, herrero)¹⁶.

Intentos científicos hubo. Como el de aplicar "técnicas optográficas" a la última víctima - con la esperanza de que la imagen del asesino hubiera quedado grabada en la retina de Mary Kelly. Con resultados nulos, no solo por lo discutible del método sino por los medios auxiliares con los que podía contarse en su momento¹⁷.

En cuanto a las famosas cartas y mensajes -140.000 en total; 128 se suponía correspondían al asesino y solo 3 se dan por auténticos¹⁸-, entran de nuevo en la actuación del moderno serial killer, término sobre el que en el siglo XIX ni se había especulado que existiera. En ellas "Saucy Jack" ("Jack El Descarado"), como se autodenomina en una famosa postal, se mofa de la falta de efectividad de los cuerpos de seguridad con un lenguaje obsceno, y les reta a cazarle, cosa que él mismo no cree probable vista la ineptitud de los investigadores -en el número de 22 de septiembre de 1888, la caricatura del semanario gráfico *Punch* presentaba a un agente de Scotland Yard jugando a la "gallinita ciega" con varios delincuentes sobre el siguiente pie: *BLIND-MAN'S BUFF (As played by the Police) "TURN ROUND THREE TIMES, AND CATH WHOM YOU MAY"*. Además, las misivas incluían detalles de los crímenes perpetrados, avisaban de futuros y revelaban supuestas prácticas antropofágicas de su autor. Lo que espantaba tanto como intrigaba, y añadía morbo a la cuestión de cual sería la identidad real del firmante. Sin olvidar lo que estas pudieron tener de "confesiones falsas", de admiración encubierta que siempre rodea a este tipo de criminales, destaca Cyriax,¹⁹ ya que muchas pudieron ser redactadas por bromistas desaprensivos, o por los mismos periodistas para reventar tiradas sobre los sucesos de Whitechapel - caso de Tom Bullit de la "London News Agency", al que algunas fuentes adjudican la autoría de la famosa Dear Boss.

Pero si algo contribuyeron a impulsar estos crímenes fue a la actualización y al manejo de informes post-mortem, que tienen en la era victoriana su etapa de esplendor, y que, en el caso de the Ripper, difundieron publicaciones médicas como "The Lancet", mas allá del mero ámbito profesional o policial.

Sensacionalismo visual de unos textos que traen a la mente imágenes de morgues y salas de disección atendidas por internos de hospicios -ellos fueron los encargados de asear el cadáver de Nichols para la necropsia. Lenguaje clínico, señala Curtis²⁰, para describir las condiciones de los cuerpos desnudos de mujeres avejentadas para fascinación de la ginecología - útero, ovarios, trompas de Falopio- a cargo de pacatos doctores y patólogos obsesionados por el latente hermafroditismo descrito por Freud: menstruación clásica enfermedad de la mujer y causante de la histeria. Las mutilaciones infringidas serían la consecuencia lógica del desafío a la función tradicional que la sociedad otorgaba a su sexualidad²¹. En definitiva crudas "evidencias médicas", como se calificaron en su momento, sin concesión alguna a la libido, y mas allá de las puras lesiones: abdómenes abiertos de abajo a arriba y órganos extraídos por el criminal, e incluso perdidos -a Mary Kelly le faltaba el corazón. Del mismo modo, con tan repentino e inusitado interés por el cuerpo femenino, los límites al lenguaje procaz se difuminan en los medios informativos,. Detalles forenses o "pseudoforenses" pueblan ahora columnas, páginas o portadas de prensa, con las que el ciudadano del otro extremo de la ciudad podía acceder a la sordidez del East End sin peligro de contaminarse.

Sospechosos habituales o las mil y una caras de Jack

"Jack refleja nuestras histerias. Es un receptáculo sin rostro de cada nuevo pánico social. Es un judío, un médico, un francmasón o un monárquico caprichoso". Gráfica la descripción de Alan Moore, autor del cómic *From Hell*²², para una lista de sospechosos que no excluye profesiones ni clases sociales. Carniceros, traperos, zapateros, maestros de escuela, cirujanos, médicos, aristócratas o personajes de la realeza, componen una saga heterogénea en consonancia con un tipo de crimen de género, claro producto de la represión y la misoginia imperante, derivada de las rígidas costumbres patriarcales de su época. De las que el siniestro Jack se erigía ahora en guardián.

La fisonomía, fruto de los interrogatorios de testigos o supuestos testigos oculares que vieron a las víctimas cerca de la escena, arrojan datos generales y un tanto prototípicos en cuanto a edad, aspecto y vestimenta de su acompañante. Varón entre los 25 y 37 años, preferiblemente anglo -

británico o norteamericano- pese a otras referencias²³. De mediana estatura, aspecto respetable y bien vestido -camisa con cuello y puños blancos, pantalón oscuro, abrigo o capa negra, sombrero alto y botines del mismo color. Respecto al tono de cabello y piel los testimonios difieren, si oscuro o claro. Muy pocos le pintan sin bigote.



Más allá de esta coincidencia en el look dandy - otros describen a Jack "bajo y achaparrado"-, se entra en el terreno de la pura contradicción. Un tal George Hutchinson aporta mayores detalles, al recordar al acompañante de Mary Kelly portando, entre otros accesorios, una gruesa cadena de oro que le salía del bolsillo²⁴. Testimonio a medida de los defensores de la "tesis Maybrick" para demostrar la autoría de este, basándose en la existencia de un reloj recuperado en 1993, con sus iniciales en el interior y, grabadas a cuchillo, las de las cinco víctimas de Whitechapel²⁵.

En cuanto a nombres, el "Macnaughten Memoranda" -enviado en 1894 por sir Melvin Macnaughten, Chief Constable, al diario "The Sun"- nos introduce a una serie de personajes identificados que fueron en su momento interrogados por la policía, cuya culpabilidad no pudo probarse. Pero que han pasado a engrosar teorías y versiones diversas. Mas los añadidos con posterioridad.

Tres son los destacados en este informe oficial del que nace en 1959 la ripperología: Aaron Kominski, Antoniovich Klosovski y Michael Ostrog. Dos polacos y un ruso, clase baja, barberos de profesión y trastornados residentes de la zona. Ellos jugaron el papel de candidatos a chivo expiatorio de una población en la que xenofobia y antisemitismo saltaron con los crímenes y las misivas comprometedoras de Jack -la pintada conteniendo el término "the Juwes" resultó determinante para acusar a la comunidad judía, muy extensa por otra parte en Whitechapel²⁶. Del mismo estrato popular, aunque británico era James Kelly, autor de la muerte de su esposa cinco años antes, y escapado del manicomio en el que estaba recluido a principios de 1888. Sin pruebas que lo incriminaran. Lo mismo ocurrió con Joseph Barnett, un descargador de pescado que vivió con Mary Kelly hasta tres semanas antes de su muerte, y que la policía liberó de inmediato, al no encontrarle relación alguna con los hechos.

De entre los profesionales, o supuestos profesionales de la medicina, la relación es extensa. El primero de la lista es Montague John Druit, que en realidad no era médico sino maestro. Su cadáver fue descubierto flotando en el Támesis el 1 de diciembre ¿suicidio o crimen? Sin evidencias en el caso del Destripador. En cuanto al Dr. Thomas Nelly Cream, autor probado del envenenamiento de prostitutas entre 1891 y 1892, y del que dicen gritó Yo soy Jack en el momento de ser ahorcado, cumplía prisión en Illinois en la fecha de los asesinatos. Lo mismo ocurrió con Francis Tumblety -no concordaba con las descripciones- un médico homeópata americano de origen irlandés al que se arrestó en Londres dos días antes de la muerte de Kelly por anteriores intentos de asalto (a hombres), pero que se marchó a los EE.UU. antes del juicio²⁷. Tampoco pudo inculparse a Robert Donston Stephenson, mas conocido como Dr. Roslyn D'Onston, que habría cometido los asesinatos como parte de un ritual de magia negra. Ni cuajó la baza del "complot externo", referida al Dr. Alexander Pedachenko, un inmigrante ruso que en realidad trabajaría para la Ochrana zarista, y que supuestamente cometió los actos para desacreditar a la Policía Metropolitana.

Sin duda la autoría más famosa es la atribuida al médico personal de la Reina Victoria, sir William Withey Gull, que entra de lleno en la teoría de la "conspiración regia". El supuesto encargado de lavar con métodos de guerra sucia los trapos de la vida privada del heredero -de haberle

sobrevivido- del que sería con el tiempo Eduardo VII, no solo se aleja del perfil -defiende Ronald Rumbelow en "The Complete Jack The Ripper"-, sino que su intervención para eliminar cónyuges indignos se hacía innecesaria con las leyes existentes²⁸. Otra cosa era el peligro de escándalo o la posible extorsión a la familia real²⁹. Tampoco su estado físico era el apropiado para tal hazaña. Viviseccionista y francmasón, con 70 años en el momento de los hechos, fue víctima de dos ataques cerebrovasculares desde 1887. Murió en su domicilio tras el tercero, que le dejó sin habla, el 29 de enero de 1890³⁰.

Una versión mezcla de realidad y fábula habla incluso de un sospechoso femenino, "Jill The Ripper", seudónimo dado a una visionaria y vengativa abortista -comadrona o similar-, cuyo perfil no encaja con el de candidato alguno.

Ascendiendo en escala la lupa moderna llega a señalar al propio Príncipe de Gales, Albert Victor, familiarmente conocido como "Eddy". La autoría del "Royal Ripper", un afecto de sífilis que iniciaría la caza a modo de limpieza de la peste de su tiempo, no se sostiene tampoco -lejos de Londres en las fechas de las muertes. Las sospechas del inspector Fred Abberline recayeron sobre su tutor y compañero de años universitarios, James Kenneth Stephen, el apuesto primo de la escritora Virginia Wolf, al que los rumores adjudicaban una relación con el heredero que iba mas más allá de la pura amistad, y que se habría vengado de una dolorosa ruptura en las desgraciadas de Whitechapel. Sin evidencia comprobada de los crímenes, ni de las notas de prensa³¹.

Otras profesiones como políticos -se sospechó de Gladstone por su caritativo interés hacia las prostitutas-³², literatos o artistas no quedan al margen debido a las características de su obra, o a sus declaraciones en el momento -Lewis Carroll y Oscar Wilde son otros históricos aspirantes. Y Walter Sickert, hoy doble protagonista a causa de las soluciones vendidas por la escritora Patricia Cornwell. Sólo o en compañía de Gull, este pintor impresionista retrató escenas que solo podían haber sido observadas como agresor. A él se le atribuye también la grafía de la carta Dear Boss³³. Algo que siguen contradiciendo otros expertos.

Personaje sobresaliente es sin duda James Maybrick, autor del polémico diario en el que afirma ser Jack El Destripador, llamado después a protagonizar un asesinato, esta vez como víctima. Su caso mantuvo interés de autoridades y de opinión pública ante el supuesto envenenamiento a manos de su esposa Florie, con la que se había casado ocho años antes. Un juicio que tuvo su paralelo en los diarios de la época, y en el que la joven viuda y madre de dos hijos resultó declarada culpable y conmutada la pena capital, casi con un pie en el patíbulo, por 15 años de cárcel que minaron economía, salud física y mental, además de propia imagen, por lo que pudo ser el resultado aplazado de la larga adicción de su esposo al arsénico y la estricnina³⁴. Para los defensores de la autenticidad del *Diario*, no sólo Maybrick estuvo en Londres y en Whitechapel en las fechas de los asesinatos, sino que varios de testigos declararon haber visto a un individuo de sus características acariciando a Mary Kelly la noche de autos

*Doctora en Ciencias de la Información. Profesora de Historia de la Comunicación Social en la Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense de Madrid aguerrag@ccinf.ucm.es

NOTAS

¹. García Guerrero, J.L., "Destripamos a Jack", Cineforum Gaceta Universitaria, 4 de marzo de 2002, http://www.tugueb.com/cine/2002/o5_noticias/viicineforum.html.

². Cfr. *Jack The Ripper and The London Press*, New Haven, Yale University Press, 2001, pp. 94-102.

³., Ibid., pp 83 y ss, 109 y ss, 140 y 150 y ss, 202-206, .

⁴. Datos de http://www.casebook.org/press_reports/index.html .

-
- ⁵ . *The Diary of Jack the Ripper*. Existe traducción en castellano (*El Diario de Jack El Destripador*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1994).
- ⁶ . Traducción al castellano: *Retrato de un asesino. Jack el Destripador. Caso Cerrado*, Barcelona, Ediciones B, 2003.
- ⁷ . *Ibidem*.
- ⁸ . *Jack The Ripper and The...*, op. cit., pp. 33 y ss..
- ⁹ . *Ibidem*.
- ¹⁰ . Castigada con arresto bajo la apariencia de delito de alcoholismo o de desorden público, la prostitución se incluía en las disposiciones de la *Contagious Diseases Act* de 1886, y se materializa en detenciones breves, a las prostitutas ocasionales de Whitechapel. La misma Catherine Eddowes acababa de abandonar la comisaría del distrito cuando se topó con el asesino.
- ¹¹ . *Jack The Ripper and The...*, op. cit., pp 41 y ss.
- ¹² . *Ibidem*.
- ¹³ . Cfr. "Jack the Ripper: Turning a Modern Eye Toward an Old Investigation", <http://www.casebook.org//disertations/dst-cozart.html>
- ¹⁴ . Cyriax, Oliver, *Diccionario del crimen. De Abedul a Zyklon B, Una enciclopedia del mal*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1996, pp 186-189.
- ¹⁵ . Cozart, Daryl R. "Jack the Ripper: Turning...", op cit.
- ¹⁶ . Cfr. Moore, Alan, Campbell; Eddie, *From Hell*, Barcelona, Planeta D'Agostini, 2001, pp. 179-181.
- ¹⁷ . El hallazgo debido a Willi Kuhne, profesor en la Universidad de Heidelberg, en 1881 no aportó resultados aplicables ni siquiera en animales. En ausencia de técnicas sofisticadas, la escasa permanencia de las imágenes, de baja calidad, y la necesidad de que estas se formen en un escenario muy iluminado anulan cualquier posibilidad real. Datos de Cyriax, *Diccionario del crimen...* op. cit., p. 580.
- ¹⁹ . *Diccionario del crimen...* op. cit., p. 171.
- ²⁰ . Cfr. *Jack The Ripper and the...*, op. cit., pp. 213 y ss, 218.
- ²¹ . *Ibidem*.
- ²² . *From Hell*, op. cit., p. 618.
- ²³ . Con referencia a Liz Stride, Israel Schwartz recuerda la exclamación *Lipski!* hecha por un hombre de elegante apariencia. Cfr. <http://www.casebook.org/witnesses/index.html> .
- ²⁴ . Datos de <http://www.casebook.org/witnesses/index.html>
- ²⁵ . Cfr. *El Diario de Jack El Destripador*, op. cit., pp. 327-330.
- ²⁶ . Datos de Newton, Michael, *The Enciclopedia of Serial Killers. A Study of the Chilling Criminal Phenomenon, from The "Angels of Death" to The "Zodiac Killer"*, New York, Checkmark Books, 2000, pp. 114-115.
- ²⁷ . *Ibidem*.
- ²⁸ . Recordemos que la *Royal Marriages Act* promulgada por Jorge III, hubiera anulado automáticamente cualquier matrimonio de un miembro de la Casa Real basándose en la minoría de edad de Eddy (menos de 25 en el momento de contraerlo) y sin el consentimiento expreso de la Reina.
- ²⁹ . En *The Final Solution*, el autor Stephen Knight plantea la posibilidad de un chantaje a cargo de Mary Kelly y de sus compañeras de oficio, lo que pudo llevar al Primer Ministro a tan taxativo recurso.
- ³⁰ . Mas datos en <http://www.crimelibrary.com/jack/12.htm>.
- ³¹ . Algunos estudiantes declararon un estilo similar de escritura al de las cartas de Ripper. *Ibidem*.
- ³² . Cfr. *Diccionario del crimen...*, op. cit., p. 223.
- ³³ . Iniciales habitualmente empleadas por Sickert (*R St W*) que aparecen en cartas del Destripador. Lo mismo en cuanto a anotaciones y dibujos que aparecen en el famoso libro de huéspedes del pintor, muy similares a las de las misivas supuestamente enviadas a la policía. Cfr. *Retrato de un asesino...* op. cit. Fotos en páginas centrales.
- ³⁴ . *El Diario de Jack El Destripador*, op. cit., pp. 250 y ss, 319 y ss.